

DAVID VILDOSO LEMOINE

El Árbol Que Llora Sangre



*Una novela que dejará
huella en el alma*

Grupo Editorial
Kipus

Décima
Edición

CAPÍTULO I

VIENTOS DE VIDA

Una noche de agosto, la más oscura de ese año, espesas tinieblas como espectros, en medio de un silencio absoluto, rondaron por las calles.

Eran tan espesos el silencio y la oscuridad que ni los perros se atrevieron a ladrar; pero, de improviso, aquella quietud se rompió como un cristal, porque un grito desgarrador irrumpió en medio de las sombras:

—¡Que muera este monstruo, pero mi hija no...!

Aquella expresión había salido de la voz lastimera de una anciana.

Y no era para menos, pues doña Natividad lloraba la sorpresiva muerte de Felicia, su hija, después de que ésta diera a luz a un niño y, pues bien, por semejante alboroto, el primer llanto que salió del niño no fue de relevancia para nadie. La partera, acomodando su manta, salió del lugar haciendo varias señales en forma de cruz sobre su rostro y rápidamente se internó en la negrura de la noche, como si huyese de algo.



La madre del niño había dado su vida en el parto, dando paso, así, al nacimiento de su hijo, al que había cargado y cuidado en su vientre durante tan solo ocho meses.

Don Nicolás, el abuelo del recién nacido, mirándolo fijamente y con lágrimas en los ojos, reconoció:

—¿Qué culpa tiene la criatura por haber nacido así?

¡También él es hijo de Dios!

Los gritos de la familia y el llanto del niño solo pudieron provocar el aullido de algunos perros, porque el hogar estaba un tanto alejado del pueblo. Al rato, llegaron el esposo de la partera y su hijo mayor. Solo ellos acompañaron al velatorio del cadáver a la luz de unas velas colocadas en las cuatro esquinas de la cama de la difunta. Ésta yacía sobre un catre de hierro, cubierta por una sábana blanca.

Después del revuelo se impuso un silencio sepulcral. Ya se podía oler la madrugada.

De rato en rato se oía murmurar a los acompañantes:

—Debe ser un castigo de Dios el llevarse a una mujer tan buena.

—¡Sí! Y para colmo, llevarse a semejante mujer y dejar esta cosa en su lugar.



El amanecer por fin apareció, entre sollozos y lágrimas. Solo quedaron los padres dormitando al lado del cadáver de su amada hija. El llanto del bebé les despertó. El dolor y el cansancio estaban reflejados en los ojos hinchados de los humildes ancianos.

Ahí estaba don Nicolás Chambi: alto, de cabellos encanecidos y mirada tierna; su aspecto mismo hablaba de su nobleza.

Lo opuesto de don Nicolás era doña Natividad Santos, su esposa: las arrugas de su rostro delataban un gesto rígido, algo así como un gesto de enojo en contra de la vida, y su porte era el de una mujer justa pero fría, muy fría.

El abuelo se encargó de preparar el primer alimento para su nieto. Su hija, aún estando con vida, había previsto aquel momento comprando un tarro de leche en polvo, biberón y algunas ropitas; pero lo que jamás había imaginado ella era que la suplirían en sus deberes como madre.

Por la tarde, cuando el Sol estaba a punto de perderse, se dio inicio al sepelio de Felicia.

Don Nicolás cargó a su nieto durante todo el camino al cementerio.

El sepulcro ya estaba cavado, a un metro y medio de profundidad, bajo un árbol de molle. El anciano había contratado a dos personas para aquel trabajo.



Solo cinco personas acompañaron a la familia doliente.

Envolvieron en una frazada el cuerpo inerte de la difunta, por falta de un ataúd; por esos años y en esos lugares, era costumbre sepultar a la gente de esta manera.

Inmediatamente descendieron el cadáver al fondo de la fosa. Luego, alguien bajó y cruzó unos maderos, a unos centímetros sobre la cabeza de Felicia, para que no llegue la tierra directamente a su rostro. Luego, torpemente, las palas dejaron caer la tierra. Fue cuando empezaron los gritos de doña Natividad:

—¡Hijita! ¡Mi única hija! ¿Por qué me dejas? ¿Quién me va a ver ahora?

Casi nunca lloraba la anciana. Era dura como una roca, pero en este llanto estaban todas las lágrimas que guardó en su vida; incluso trató de escarbar la tierra de la sepultura, inundada de dolor.

A unos cinco metros de distancia, en la sombra del árbol, estaba don Nicolás con el bultito que era su nieto entre sus brazos. Miró al bebé para tratar de ser fuerte. Fue inútil. No pudo contener las lágrimas; éstas no solo quemaron su rostro, sino que penetraron como ácido hasta lo más profundo de su ser. Algunas de estas lágrimas llegaron al rostro del niño, sellando en su carita, ese momento de profundo dolor.



Al día siguiente, durante las primeras horas de la mañana, doña Natividad y don Nicolás, cargados de su nietecito, se fueron rumbo al río, pues era costumbre lavar la ropa y quemar algunas cosas inservibles de un difunto.

Nicolás Chambi Valdez, noble, bondadoso, sensato y conocido como don Nico, era el único herrero del pueblo. Había heredado el oficio de su padre cuando él no era más que un muchacho. Con el sudor de su trabajo había aprendido a sustentar las necesidades de su familia; hacía rejas para los arados, picos, clavos, bisagras y todo lo que le pedían.

Aunque le faltaba el dedo índice de la mano izquierda, sus obras eran de calidad y, por lo tanto, muy cotizadas en toda la zona. Su herrería estaba ubicada en su mismo hogar; además, existía una huerta y un canal de agua que pasaba por toda su propiedad. Este hogar se encontraba en las afueras del pueblo.

San Pedro estaba situado a casi doscientos kilómetros de Sucre, capital de Bolivia; durante esos años no se contaba con electricidad ni agua potable, mucho menos con telefonía. Existía una carretera que solo les servía en invierno, porque en época de lluvias se trasladaban en caballos hasta la próxima población, todo por la crecida de los ríos. Demás estaría decir que no contaban con



puentes... Por ello, la travesía de veinte kilómetros para llegar hasta el camión que los transportaría a la capital, era una verdadera odisea: debían buscar los mejores vados para cruzar los ríos, con caballos y mulos cargados y, por si fuera poco, debían soportar la lluvia y los surazos.

La población de San Pedro no superaba las doscientas personas. Había una escuelita, un corregidor, un notario del Registro Civil y un notario de Fe Pública. Un cura iba cada semana a celebrar misa. Cada amanecer, los San Pedreños despertaban con el tan, tan, tan del martilleo de don Nico, que forjaba los metales al rojo vivo.

Era domingo. Ya habían transcurrido siete días desde la muerte de Felicia. Don Nicolás, como era muy precavido, se dispuso a organizarse con su esposa para atender al nietito:

—Hoy hay misa, debemos llevar a la wawa para que sea bautizado; luego a inscribirle en la notaría del Registro Civil.

Doña Natividad, con mirada penetrante y ojos saltones, soltó las siguientes palabras:

—¡Haz lo que quieras! —y continuó pelando papas. Sin pensarlo mucho, don Nicolás dijo:

—Le llamaremos Felipe. En honor a nuestra hijita Felicia y aunque no lo merezca, también será en honor a su padre: Pedro Cáceres.



A doña Natividad le fue indiferente el nombre del nene; además, murmuró:

–Es la cruz que cargaremos; pobre desdichado.

Don Nicolás arregló a su nieto para la ocasión. Lo arropó con una mantilla blanca. Era la prenda que su madre, que en paz descanse, le había tejido cuando aún estaba con vida, imaginando que lo hacía para el niño más hermoso del mundo.

Así, en la localidad de San Pedro, el día domingo 23 de agosto, a horas 11:30 a.m., quedó inscrito con el nombre de: FELIPE CHAMBI SANTOS, en el Registro Civil No. 651, del Libro No. 1/62 partida No. 146. Nacido el 16 de agosto, de 1967. El nuevo ser llevaría los apellidos de sus abuelos.

El anciano quedó satisfecho, pero faltaba algo más... Pensativo, balbuceó:

–Ahora el siguiente paso será hacerle echar su agüita. Orgullosa, con su nieto en brazos, salió de la Notaría. En la calle principal de San Pedro la gente no le quitaba la mirada de encima, pero lo más curioso era que ningún vecino se atrevía a acercársele. El pueblo se caracterizaba por estar situado a la ribera de dos ríos; solo existía una calle empedrada y una placita de tierra junto a la cual estaban situadas la iglesia y la escuelita.



La mantilla blanca hacía bien su trabajo. El tejido cubría todo el cuerpo del niño y, además, había una sobra del mismo, que estaba envuelta en forma de nudo alrededor de la coronilla del bebé. ¿Quién se atrevería a desatar el nudo y mirar el rostro de Felipito?

Don Nicolás esperó al cura con un poco de inseguridad; tenía que hablarle antes del inicio de la ceremonia.

Aunque el viejo era un buen creyente, rara vez asistía a las misas; peor aún, no recordaba cuándo fue la última vez que se había confesado...

El repique de las campanas interrumpió sus preocupaciones. Siempre se tocaba el primer retoque cuando veían llegar al párroco.

Don Nicolás se encontraba en una banca dentro de la iglesia cuando vio al párroco. Se levantó como activado por un resorte, con el niño entre sus brazos.

Era costumbre, antes del inicio del sermón, entrar en la Sacristía a pagar por los servicios parroquiales. Don Nicolás abordó al Párroco saludándolo e inmediatamente, imploró:

–Por favor, señor cura, quiero inscribir a mi nieto para que me lo bautice.

El cura lo vio de pies a cabeza y dijo:



—No va a ser posible. En primer lugar usted, don Nicolás, ni siquiera asiste a las misas; además, su nieto no necesita ser bautizado.

Don Nicolás tartamudeó:

—Pe-pero... pensé que usted comprendería nuestra situación, y tratándose de un angelito...

—¡Ya le dije, don Nico! —le cortó el cura con rapidez y frialdad—; por los comentarios que hay en el pueblo no puedo bautizarlo, podría ser que por esta razón ya nadie venga a misa; además, no se preocupe, igual su nieto es hijo de Dios.

Fue lo último que escuchó don Nicolás de la boca del párroco. Agachado, resignado y con su nieto en brazos, salió de la iglesia. Por la bronca contenida no miró a nadie a su paso. Más aún, no contestó ningún saludo de sus paisanos. En su mente galopaban los malditos comentarios que murmuraban sus propios vecinos:

—¡Es horrible...!

—¡Es el hijo del diablo!

—Humm, ¡qué sabe esta gente de esas cosas! —se decía el noble herrero sin dejar de caminar, hasta que se perdió por la calle principal de San Pedro.

Por lo ocurrido, don Nicolás nunca más volvió a pisar la parroquia, y mucho menos a frecuentar al pueblo.



A los nueve días del fallecimiento de una persona era costumbre dar una misa en honor de su alma. En el caso de la hija de don Nicolás, encendieron dos velas al pie de la fotografía de Felicia y don Ciprián, el buen amigo de don Nicolás, estuvo presente para acompañarles en sus oraciones.

Transcurrieron algunas semanas. En el hogar de los Chambi la atención y los cuidados que recibía la criatura solo eran de parte de su abuelo. Él, como una madre, se ocupaba del pequeño Felipe, lo aseaba con sumo cuidado y lo alimentaba. El menú del bebé era variado: zumo de maíz hervido y leche en polvo. Doña Natividad seguía viviendo atormentada por los recuerdos; aunque no lo expresaba, la delataba su rostro y su agobio se podía ver en cada mueca y en las arrugas de su cara. No solo sufría por la partida de su hija; también guardaba rencor por aquel sinvergüenza que engañó a Felicia y luego se fue para el oriente al saber que ella estaba embarazada.

Después de un tiempo, las malas lenguas no se dejaron esperar, y el chisme estaba ya en boca de todo el pueblo:

–Dice que el Pedro Cáceres se concubinó con la mejor amiga de Felicia.

–Dice que la mejor amiga de Felicia estaba con ese pelagato mucho antes de que ella muriera...



–Dice...

Todo esto alimentaba mucho más la amargura de doña Natividad. El dolor y el odio le quemaban por dentro, como una mezcla de ácidos sobre una superficie delicada. Por fuera, con sus ojos de fuego, miraba de reojo el defecto del niño, y el fruto de tal aborrecimiento causaba la falta de cariño para con su nieto.

Y como consecuencia de sus depresiones y angustias, a la anciana le venían con fuerza muchas enfermedades.

Don Nicolás escuchaba, desde una radio portátil, música, noticias, debates e incluso alguna que otra radionovela; ese era su entretenimiento principal mientras trabajaba o mientras atendía al niño.

Un atardecer, cuando a su nieto le faltaba una semana para cumplir dos meses de vida, una noticia le impactó de gran manera.

Las radioemisoras cortaban sus emisiones centrales para dar paso a una información de último momento:

«El general René Barrientos, presidente de Bolivia, en la mañana del 4 de octubre de 1967, cuando Ernesto Guevara aún estaba con vida (prisionero), anunciaba al mundo que el guerrillero había muerto a raíz de las heridas recibidas en el combate que mantuvo con una compañía de Rangers del Regimiento Manchego, en la



Quebrada del Churo. El cuerpo después fue llevado en helicóptero, desde la Higuera hasta Valle Grande, donde lo exhibieron.

»Por todo el mundo a este personaje se lo conocía simplemente como “Che”. Este apodo se lo dieron amigos y compañeros de lucha cuando se encontraba en México, en los años 50. “Che” es un término común en Argentina, su país natal, no significa más que un complemento verbal. Ernesto Guevara era médico, murió a los 39 años. Esta frase fue el último mensaje que dio al mundo: “Díganle a Fidel que él verá una revolución triunfante en América Latina y díganle a mi mujer que se case de nuevo y que intente ser feliz”».

El herrero, dejando sus actividades por la consternación, se acercó a su esposa y le dijo:

—¡No puede ser, *Natty*, cayó un gran guerrero! Fría, como siempre, doña Natividad dijo:

—¿Quién era él y qué quería?

—El “Che” vino a luchar contra la injusticia e hizo propios nuestros dolores y penurias; a mi manera de ver ha sido y será el único, en esta parte del mundo, que murió por una causa justa —don Nicolás dio un suspiro profundo, y continuó—: Tenía esperanzas de que su revolución triunfase; él buscaba una vida equitativa, justa y digna; además, tenía pensado acabar con el dominio de los patrones y terratenientes. Todavía tengo



la ilusión de que algún día dirija nuestra nación un verdadero revolucionario. Solo así llegarán a mi pueblo el progreso y la igualdad. —se interrumpió un momento para respirar, más afligido aún, y agregar—: Su esperanza vivirá en mí hasta mi muerte, y no olvidaré jamás algunos de sus dichos.

Luego de decir eso, el anciano se puso a leer una hoja, un tanto arrugada, con los siguientes apuntes:

«La revolución no se lleva en los labios para vivir de ella, se lleva en el corazón para morir por ella.»

«Endurecerse sin perder la ternura jamás.»

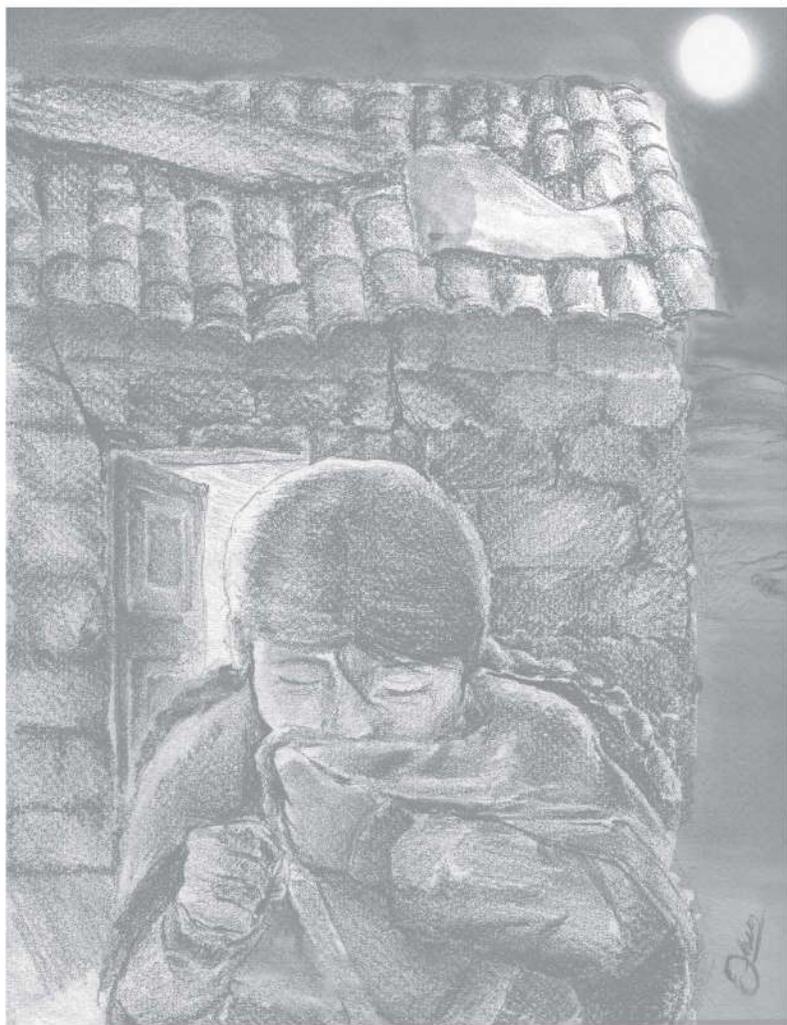
Tiempo después, se supo que el “Che” había sido capturado vivo, y horas después fue cobardemente asesinado, al igual que sus compañeros.

Para doña Natividad, estos acontecimientos no eran de trascendencia; en su interior otras eran sus tribulaciones y constantemente se preguntaba:

¿Por qué Dios me quitó a mi hija?

¿Qué futuro le espera a esta criatura...?

¿Por qué nos ha pasado esto a nosotros...?



La partera, acomodando su manta, salió del lugar, haciendo varias señales en forma de cruz sobre su rostro, y rápidamente se internó en la negrura de la noche, como si huyese de algo.

“El árbol que llora sangre” es una novela costumbrista que está en su novena edición. Es una de las pocas obras que trata un tema difícil: el de los niños especiales.

La historia se desarrolla en un pueblo ubicado a 200 kilómetros de la ciudad de Sucre. Allí, en San Pedro, nace Felipe, un niño deforme que tiene un solo ojo. La madre muere al dar a luz y Felipe se queda a cargo de sus abuelos. Es el abuelo Nicolás el que con más cariño lo acoge. Él es herrero de profesión, trabajador, y siempre enterado de lo que ocurre en el país y el mundo gracias a una radio que le da las noticias diariamente.

Pese a todo el cariño que pueda darle Nicolás, el rechazo al niño diferente es inevitable. El primer rechazo es el de su propia abuela, que culpa al niño de la muerte de su hija. El cura del pueblo no quiere bautizarlo, la escuela no lo recibe y nadie se le acerca porque lo consideran un engendro del demonio. Cuando la abuela muere, Nicolás vende su herrería y decide llevarse a Felipe fuera del pueblo, a Monte Grande, para alejarlo de la comunidad.

Isabel Mesa de Inchauste

Fuente: Periódico “Los Tiempos”

ISBN: 978-99974-14-92-2



9 789997 414922